

La memoria y la imaginación
(Reflexiones de un lector vicioso)
Sergio Ramírez

Palabras al recibir el

Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Costa Rica

Mayo de 2022

Siempre he creído que un escritor no puede ver las letras de su oficio con las ventanas cerradas, porque su razón de ser está en el mundo que se alza afuera con sus voces y sus imágenes, y sobre todo si ha nacido en un país, como el mío, de portentos y esperpentos.

Por eso quiero empezar estas palabras asomándome a la ventana por la que se divisan los dolores de mi patria, al otro lado de la frontera, con sus cárceles donde la crueldad de la tiranía ha encerrado a decenas de prisioneros políticos, a quienes pido no olvidar en este país que goza de los dones de la democracia y de la libertad.

No olvidar a quienes, desde las trincheras morales luchan por la dignidad secuestrada de Nicaragua, como monseñor Rolando José Álvarez, obispo de Matagalpa, en huelga de hambre en protesta por la persecución de que es objeto, y como el padre Harving Padilla, párroco de la Iglesia de San Juan Bautista de Masaya, igualmente acosado y perseguido.

De alguna manera, o de muchas maneras, pertenezco a esta universidad, que hoy me honra como pocas veces en mi vida al hacerme parte de su claustro académico con este título honorífico.

Llegué a Costa Rica en el año de 1964, recién graduado en Nicaragua, para integrarme al Consejo Superior Universitario Centroamericano, que tenía

como secretario general al doctor Carlos Tünnermann, más tarde rector de la Universidad Nacional de Nicaragua, y como secretario adjunto al licenciado Carlos Caamaño, profesor de la Escuela de Estudios Generales.

El CSUCA funcionaba en una casa del radio de San Pedro de Montes de Oca, a la vera de la ciudad universitaria Rodrigo Facio, el prócer cuya huella era aún muy fresca, entonces la Universidad de Costa Rica bajo el rectorado memorable de don Carlos Monge Alfaro.

De esa vida universitaria aprendí muchas cosas, cercano como me volví a tantos de los profesores, humanistas, literatos, historiadores, sociólogos, y en toda mi estancia de más de doce años, más tarde electo secretario general del CSUCA, vi crecer y evolucionar a esta universidad, luego bajo el rectorado de otro gran costarricense, don Eugenio Rodríguez Vega.

Y escojo entre mis recuerdos de esos primeros años uno que tiene que ver con el escritor que entonces empezaba a ser, y así me veo en un aula del edificio de estudios generales, abarrotada de estudiantes, oyendo hablar a Carlos Luis Fallas acerca de sus experiencias de vida como militante político, y de su militancia en la literatura, hablando de su libro emblemático *Mamita Yunai*, y también de aquel otro que yo he preferido siempre entre los suyos, su novela autobiográfica *Marcos Ramirez*, por entrañable, y por entrar tan hondo, con ojos de niño, que son los ojos que un escritor nunca debe perder, en su

propia vida, la vida de los de abajo, por los que siempre luchó con íntima convicción.

Y de allí a mi amistad tan perdurable con don Paco Amighetti, artista plástico, y escritor, profesor de la escuela de Bellas Artes; con don Carlos Meléndez, historiador devoto; y con don Constantino Láscaris, filósofo singular. Y en ese entorno, mi pasión por Yolanda Oreamuno, a la que llegué a través de Lilia Ramos; y, en fin, mi complicidad de tantos años con Alberto Cañas y con Samuel Rovinski con quienes me junté por organizar en 1971 el I Festival Cultural Centroamericano, con el que se inauguró la Biblioteca Nacional.

La memoria de todos ellos vive siempre en mí.

Como escritor, y como lector, me planteo la lectura como un acto de gozo. No temo afirmar que el primer deber de un libro de ficción es provocar lo que podríamos llamar un estado de felicidad en el lector; y aún las lágrimas que se vierten al leer acerca de dolores y desventuras, como ocurre con las novelas de Dickens, esas lágrimas son parte de ese mismo gozo, la otra cara de la moneda de la risa que nos causan las andanzas de don Quijote, a la par de la melancolía que siempre nos deja el caballero de la triste figura.

Lo digo, porque al tratar de iniciar a alguien en la lectura, lo peor es anteponer entre el lector y el libro el aburrido propósito pedagógico. Un libro sólo es capaz de enseñar si primero gusta, si nos seduce con sus encantos. Si no gusta, si no fascina, si no hace reír, si no conmueve, si no nos saca lágrimas, si no entretiene, toda enseñanza, toda filosofía, cualquier moraleja que queramos poner en él, se volverá inútil, pues nadie llega a la última página de un libro fastidioso; y cuando el lector abandona la lectura al apenas empezar, es como si ese libro nunca hubiera sido escrito para ese lector.

Y un libro, como una casa de varios pisos, admite diversas lecturas. Se sube por las escaleras a pisos diferentes, y en ese piso al que ahora ascendemos vamos a descubrir cosas que no habíamos visto en el piso anterior. Las habitaciones están amobladas de manera diferente, las ventanas dan a paisajes que no sospechábamos.

El Quijote, es un formidable edificio de muchos pisos con múltiples habitaciones, puertas, escaleras, pasillos ventanas. Desde que entramos en él sabemos que es un libro para reírse, aunque Unamuno nos advierte que don Quijote no es cómico porque cuente chistes: jamás este loco cuenta ninguno.

Es cómico porque asume el mundo que inventa en su cabeza con toda seriedad, y es de eso que nos reímos, aunque de allí deviene también el otro carácter que ese libro tiene, ya dije, que es el de la melancolía. Don Quijote es

cómico, pero también melancólico. En él se junta esos dos dones tan bien aparejados en la buena literatura, que son los del humor y la melancolía.

Se trata de un libro divertido, lleno de risa y disparates, un libro acerca de un loco que anda por los caminos en busca de los fantasmas de su imaginación, que no le dan sosiego, y ha convencido a un vecino suyo, simple, ambicioso y crédulo, de que lo acompañe en sus aventuras de las que le promete va a sacar ventajas, entre otras nada menos que la gobernación de una ínsula. Le va a dar poder y riqueza a un simple.

En el camino el loco se dispone al combate contra molinos que cree gigantes, y al ensartar su lanza en las aspas movidas por el fuerte viento que sopla, que para su imaginación descalabrada son los brazos de los gigantes, la lanza se quiebra y es derribado junto con su caballo; se topa con un carro donde llevan en unas jaulas dos leones africanos, enviados de regalo al rey por el general de Orán, y se empeña en abrir la puerta de la jaula diciendo: “¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas? Pues ¡por Dios que han de ver esos señores que acá los envían si soy yo hombre que se espanta de leones!”.

Y otra, no menos risible, cuando descabeza a los títeres de un retablo donde se representa la huida de un caballero que rescata a su dama de entre los moros que salen en su persecución, y, de pronto, el loco, decidido a acudir en

auxilio de los amantes, “con acelerada y nunca vista furia, comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a éste, destrozando a aquél...”

Lo importante es que ese candidato a lector al que estamos induciendo, entre en la lectura con pies ligeros, sin temor a las cargas pesadas, y se convenza de que no se trata de un libro lleno de tedio que se le caerá entre las manos, la cabeza pesada de sueño. Hay que proponerle la lectura como un paseo ameno en una mañana soleada, animarlo a que se disponga a ser parte de las aventuras del loco como un tercero de la partida, montado en su propia cabalgadura, él, don Quijote, y Sancho.

Pero también el Quijote es un libro sobre el poder, sobre las ambiciones de mando, sobre la corrupción, sobre esa fuerza transformadora que el poder tiene sobre las personas, como le pasa a Sancho cuando toma posesión como gobernador de la ínsula de Barataria. El poder se convierte en una fascinación, en un vicio, en una deformación. Pero, también, como Sancho lo demuestra, puede llegar a ejercerse con bondad y sabiduría. Se puede salir de un cargo público forrado en dinero mal habido; o pobre y sin blanca, como lo ocurre a Sancho.

Sancho, el rústico ambicioso, se convierte en el más recto de los jueces, y es el primero en despreciar las ventajas materiales del poder, precisamente el

móvil que lo había llevado a aceptar el gobierno de Barataria: Y termina rechazando la corrupción. “Venid vos acá, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias:” —le dice entre llantos a su burro— “cuando yo me avenía con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado en el alma mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos”.

El Quijote es un libro múltiple, ese edificio que digo de varias plantas, y cada planta tiene muchas habitaciones, cada una con su propio decorado. Y allí uno podía quedarse a vivir para siempre, porque las puertas de ese libro son como los de una casa cordial y acogedora, que siempre se hallan abiertas.

Pero en una casa, en un edificio como ese, uno vive de manera voluntaria. Debe poder y entrar a salir a su antojo. Si a uno le dan la casa por cárcel, con la prohibición de salir del libro, ha perdido la libertad, y ya se trata de vivir allí como un asunto obligatorio. Y nada de lo que se hace por obligación causa gusto.

En sus conferencias del Teatro Coliseo de Buenos Aires del año 1977, publicadas bajo el título *Siete noches*, al hablar de la enseñanza de la literatura, Jorge Luis Borges cita una frase del doctor Johnson: “la idea de la

lectura obligatoria es una idea absurda: tanto valdría hablar de felicidad obligatoria”.

No hay felicidad obligatoria, pero la lectura la depara; cuando un libro nos atrapa, y llegamos a un punto en que nos sobrecogen el asombro y la admiración, estos sentimientos se transforman en dicha, una dicha inefable. Pero la lectura es un asunto de libertad de escogencia, y de íntima felicidad. No podemos sacar gozo del castigo, y un libro impuesto viene a ser un castigo. “Si el relato no los lleva al deseo de saber qué ocurrió después, el autor no ha escrito para ustedes”, agrega el doctor Johnson. “Déjenlo de lado, que la literatura es bastante rica para ofrecerles algún autor digno de su atención, o indigno hoy de su atención y que leerán mañana”.

El asunto está en saber inducir a alguien a ver el acto de leer como una aventura al final de la cual ya nunca seremos los mismos, porque las páginas en que nos hemos sumergido nos habrán transformado, aunque en ese momento no lo percibamos. Pero la propuesta de gozo no puede ser nunca pesada, porque nadie disfruta de una promesa de aburrimiento.

Cuando a un escritor le piden señalar los diez libros que se llevaría consigo a una isla desierta, generalmente empieza por *El Quijote*, *La Odisea*, *La Biblia*, o *La Divina Comedia*.

Son obras clásicas, y a muchos esa palabra los pone en alerta. Si se trata de un clásico, por definición se le considera aburrido; ya lo anuncia el pesado talante de libro empastado y de grueso volumen, anuncio de su carácter soporífero. Al contrario, ya se trate de Homero, o de Shakespeare, o de Cervantes, o de Balzac, un clásico es siempre una promesa de dicha que siempre estará allí esperando por nosotros.

¿Por qué? Porque siempre tendrá algo nuevo que contarnos o que enseñarnos, por mucho que ya antes lo hayamos leído, según nos recuerda el escritor italiano Ítalo Calvino. Un libro es un amigo fiel que tiene la virtud de abrirse a nosotros sólo cuando lo buscamos, aunque de alguna manera viva en nuestra cabeza, y al mismo tiempo en los estantes de la biblioteca. Un amigo verdadero, recordemos, es aquel capaz de confiarnos sus intimidades. ¿Y no es lo que ocurre con los libros, que se abren sin condiciones para nosotros apenas empezamos a leer?

Pero si alguien pregunta por qué se debe leer *El Quijote*, y respondemos que es imprescindible porque contiene una filosofía de la vida, o porque nos revela un mundo de enseñanzas morales, habremos perdido de seguro un lector de ese libro imprescindible sin cuyo conocimiento vivirá una vida disminuida.

Solamente después, cuando haya terminado de leer, se habrá convertido en habitante del mundo que Cervantes ha creado en esas páginas inolvidables; y entonces, cuando aquel triste hidalgo, de regreso a la cordura, muera en su cama, se lamentará junto con Sancho: “no se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía..”.

Porque para entonces su deseo encandilado será que el libro debió seguir, que debió haber más aventuras de aquellas donde el caballero andante que don Quijote cree ser, se queda haciendo la penitencia de fingirse loco, él, que ya está loco, y se pone cabeza arriba, con las nalgas al aire, mientras envía a Sancho con una carta para su dama, que es analfabeta, y siendo tan hermosa se ve convertida en una aldeana que huele a cebolla, reducida a criar cerdos por obra de malvados encantadores.

Y la nostalgia por lo leído llevará a emprender dos o tres lecturas más, y luego muchas otras, porque aquel libro se le habrá vuelto infinito, muy a gusto en ese edificio de habitaciones incontables, y esas nuevas lecturas llegará a hacerlas ya no en el orden en que están puestos los capítulos, sino entrando por cualquier de ellos a cualquier de sus habitaciones, asomándose por cualquiera de las ventanas.

Es hasta entonces que empezará sus propias reflexiones sobre lo que aquellos dos personajes representan, y lo que su mundo representa, y podrá sacar todas las conclusiones morales y filosóficas que quiera, y abrirse a interpretaciones, empezando por la tan llevada y traída representación del idealismo en don Quijote y el materialismo en Sancho. Pero solo como una consecuencia, cuando el lector conquistado sea ya un habitante feliz de aquella enorme casa alzada en los campos de la Mancha.

Un libro que pretende ser pedagógico, y que entre las descripciones de la acción va intercalando lecciones morales o filosóficas, o prevenciones, o advertencias, o máximas, es un libro muerto de antemano porque le va metiendo palos a la rueda de la vida que en las páginas de una novela debe girar sin tropiezos.

Las novelas no son sobre períodos de la historia, espacios geográficos, teorías filosóficas, o asuntos religiosos. No se trata tampoco de tratados políticos o sociológicos. Las novelas tienen que ver con los seres humanos, sus ambiciones, su idealismo, su perversidad, sus heroísmos y debilidades; la miseria y la gloria, la maldad y la nobleza, la devoción y la envidia, la generosidad y los celos, y nos muestran cómo estos atributos, siempre en tensión y contradicción, se dan dentro de los mismos individuos.

La consabida frase final “y vivieron felices para siempre...” indica el cierre de una historia llena de peripecias que hemos seguido con desazón, y a la vez la apertura de otra que ya a nadie interesa, y que ocurre fuera de las páginas del libro. Se trata de lo que pasa después del drama, y no vale la pena contarlo porque la felicidad siempre es monótona.

Lo que apasiona son los obstáculos al amor que no puede resolverse en paz. La trama empieza cuando en la relación amorosa entra un tercero, o es estorbada por la voluntad de un malvado, o por un impedimento que no termina de quitarse de por medio. Los obstáculos, son, entonces, la razón de todo relato: la interrupción constante de la felicidad.

El amor, el poder, la locura, la muerte, los hallaremos en las tragedias de Esquilo, en los dramas de Shakespeare, en las novelas de Cervantes, en las de Dickens, en las de Balzac, en las de Tolstoi. La condición humana sigue siendo la misma a través de los milenios.

Fiodor, el padre rencoroso y atrabiliario, avaro y despiadado, que se disputa a la misma mujer con Dmitri, su propio hijo, llega hasta nosotros en toda su plenitud en las páginas de *Los hermanos Karamazov*, porque somos capaces de reconocerlo tal como lo retrata Dostoievski; es posible, nos parece real, así como las voces de los muertos que Juan Rulfo pone a hablar debajo de las tumbas en *Pedro Páramo*, nos son familiares porque lo que cuentan son

ambiciones mal cumplidas y pasiones de amor que carcomen hasta en la muerte. Y siempre seguiremos viendo a una lady Macbeth que incita a su marido al crimen, movida por la ambición y por la brujería, aunque Shakespeare haya muerto hace siglos.

Cuántos buenos lectores se han perdido por causa de las imposiciones escolares, que mandan leer por fuerza de los programas de estudio libros pesados e indigeribles, o que por falta de método son presentados como tales.

Y cuántos buenos lectores, y a lo mejor escritores, se han ganado gracias a los libros prohibidos, pues lo que la imposición no consigue, lo consigue la curiosidad. Y los censores son, sin excepción, personas amargadas y hostiles al espíritu de libertad.

Y quien no aprende nunca a leer, quien no se vuelve desde temprano un vicioso de los libros, no sabe de lo que se pierde. Se expondrá a llevar una vida mutilada y a lo mejor, amarga, igual que la de los censores, lejos de los espejismos y los fragores de la imaginación. Se perderá un amigo, consuelo de la soledad. “...Cervantes es buen amigo. Endulza mis instantes ásperos y reposa mi cabeza...”, dice Rubén Darío, que supo lo que era la soledad, y supo a la vez lo que era el vicio irrefrenable de leer.

Tengo un amigo en las islas Baleares que sostiene una relación clandestina con los libros. Su mujer, irritada hasta el cansancio de verlo

aparecer cada día con nuevos libros, le prohibió llevar uno más a casa. Los incómodos huéspedes habían desbordado los estantes y se habían instalado en el comedor, en los pasillos y la cocina, para no hablar del dormitorio y el retrete. Casa tomada, como el cuento de Cortázar.

Entonces, lo y cuidando el ruido de sus pasos, pues para subir al escondite debía pasar frente a la puerta de su propio apartamento, tras de la cual acechaba la celosa mujer, empezó a subir con las bolsas de nuevos libros por la estrecha escalera, para meter con todo sigilo la llave en la cerradura y entrar al escondite. Era como si ahora tuviera una amante.

Un día, desde el café de la esquina donde bebíamos una cerveza, me invitó a visitar el refugio secreto, y subí con igual cuidado que el suyo las escaleras para no despertar sospechas. La puerta casi no abría, obstruida por los libros, pues agotado el espacio de los estantes se hacinaban en rimeros en el suelo. Estará ahora buscando un nuevo escondite, ya no en el mismo edificio sino en otro, para ejercer su poligamia con los libros.

Y tengo otro amigo en Buenos Aires, cuyos libros, de igual manera, ya no cabían en su apartamento, pero, a diferencia del de las Baleares, aquella no era una relación clandestina, sino compartida con su mujer. Así que empezaron a discutir lo que podían hacer frente a aquella presencia creciente. ¿Más estantes? Ya no había espacio. ¿Donar una parte? Cuando se pusieron a

hacer una selección, los libros terminaron por volver a sus sitios de siempre, viejos conocidos a los que no podía negarse asilo.

Entonces se les ocurrió que no había mejor remedio que dejar el apartamento a los libros, y buscarse ellos otro sitio donde vivir. Otra vez, casa tomada. Encontraron un nuevo lugar, y hacia allá se mudaron. Ahora van ven cómo están, los acomodan un poco, les sacuden el polvo, y luego se sientan a leer. Cumplida la visita, se despiden, apagan la luz, y hasta mañana.

Cuando los libros ya no caben ni en la cocina, y llegan a los baños, no hay más que rendirse. Si desbordan la casa, desbordan la vida. Imponen su abundancia, y con su abundancia, su tiranía. Don Alfonso Reyes, cuando el arquitecto le preguntó qué clase de casa quería, respondió que una biblioteca con un cuarto para dormir. Una cama cercada de libros.

¿Cómo crear ese vicio? Estimulando las lecturas capaces de atraer, de seducir. Y yendo de lo simple a lo complejo, empezando por recomendar un cuento de los hermanos Grimm, luego yendo a uno Chejov, o de Rulfo, antes de llegar por fin a una novela de Faulkner, o al *Ulises* de Joyce, ya no se diga. O yendo primero a los capítulos y pasajes más divertidos de *El Quijote*, a alguno de los cuentos de *Las Mil y una noches*.

Y para que un niño o un adolescente adquiriera el vicio de la lectura, antes deben adquirirlo los padres y los maestros, con espíritu cómplice. Ser

parte de la conspiración de leer, comportarse como cabecillas de una hermandad de iniciados. Abrirles una puerta al paraíso, donde espera la manzana dorada entre las frondas del árbol del bien y el mal.

Sin lector no hay escritor. Son dos caras de una misma moneda. Ya lo dice Borges: “De todos los instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones del brazo. Pero el libro es una extensión de la memoria y la imaginación”.

De alguna manera todos somos Alonso Quijano, buscando encarnar en la lectura el personaje que en nuestras propias vidas nos está vedado ser. Una manera de ser otros y, con eso, conseguir la libertad que nos permite multiplicarnos, vivir vidas ajenas, ser otros. Cambiar la realidad sin escapatoria por la imaginación que nos abre puertas múltiples.

Ahora, en el exilio, no puedo sino pensar en la biblioteca que he dejado atrás en Nicaragua, una casa dentro de otra casa, construida a lo largo de muchos años, desde que mi afición impenitente por la lectura me llevó a juntar libros.

Un ladrillo tras otro ladrillo, muros de libros que reclaman cada vez más estantes, provenientes de mis correrías por librerías de muchas ciudades;

librerías suntuosas, con palcos, platea y escenario, como la del Ateneo en Buenos Aires; la librería Lillo, de Oporto, que parece una capilla gótica, o la biblioteca de un alquimista; otras pequeñas y acogedoras donde reina siempre el silencio, o librerías de viejo en buhardillas donde no falta tampoco el aroma a vejez de la naftalina; libros rescatados de entre el arcaico surtido de los cajones de los bouquinistas de la rivera izquierda del Sena. O como aquella librería del Sótano en la ciudad de México, allá en los sesenta, que exhibía los libros sobre tablones sin cepillar montados en burros.

Ahora no sé cuántos son mis libros. Creo que nunca lo he sabido. Alguien me ha preguntado alguna vez, si he alcanzado a leerlos todos, una pregunta de gran candidez, porque algo así es imposible. Leerse todos los libros coleccionados a lo largo de la vida sería un acto borgiano que puede llevar a la locura.

Hacerse de una biblioteca que se convierte en un verdadero bosque frondoso, toma tiempo, o toma toda una vida. Yo he vivido dentro de ese bosque, y sólo yo puedo orientarme dentro de él, sólo yo sé dónde está cada libro, y puedo ir directamente a buscarlo. En alguna ocasión alguien me convenció de que me los clasificara, y resultó en un verdadero desastre. Cuando regresé de un viaje me hallé con el trabajo cumplido de manera muy

profesional, cada libro con su etiqueta de clasificación, y un fichero de varias gavetas en una esquina.

Pero fue como si el orden establecido por aquella mano experta hubiera trastornado mi mundo, y me encontré perdido en mi bosque. Ya no sabía dónde estaba cada libro al que yo podía ir directamente, dentro del caos organizado en que todos vivían en paz y armonía, y me sentí extranjero en mi propio mundo. De manera que volví a colocarlos como antes los tenía, para llegar hasta ellos sin más guía que mi memoria.

Ahora todo está en silencio en ese bosque. Imagino los estantes de libros en la penumbra, quietos, en el recinto cerrado, esperando la mano que los devuelva a la vida. La mía, que he vivido entre ellos, dichoso de su compañía. Exiliados también ellos, en su propia soledad.